

1. Una reunión en la Royal Geographical Society

U nas hermosas volutas de humo se elevaban desde los tejados de un soberbio edificio situado en Kensington Street y se confundían con el cielo plomizo de Londres. Era una casa señorial, construida en ladrillo rojo con altas chimeneas estilo reina Ana. Estaba situada frente a la impresionante cúpula del teatro Albert Hall que, a esa hora vespertina, brillaba como una cubertería de plata. El cercano parque de Hyde Park rebosaba de vida y las aguas doradas de sus estanques contrastaban con su bien cuidado césped. Las berlinas y los carromatos rodaban sobre los adoquines y llenaban las calles con su bullicio.

En la puerta de esta lujosa residencia se podía leer en letras de oro: Royal Geographical Society,¹ y a través del



1. La Royal Geographical Society es una institución británica fundada en 1830 con

vaho que empañaba sus ventanas podía entreverse uno de sus salones alfombrados. En su interior, un grupo de hombres discutía acaloradamente mientras fumaba cigarrillos habanos.

Algunos estaban de pie junto a la biblioteca forrada con grandes atlas y libros de viajes encuadernados en cuero, mientras otros permanecían sentados en mullidos sillones o en delicadas sillas isabelinas. Casi todos sorbían unas pequeñas copitas de oporto que los camareros habían servido minutos antes. Los ánimos estaban caldeados y, a través de las paredes, podían oírse algunas palabras gruesas, lo que era un tanto inusual, dado que la totalidad de los caballeros pertenecía a las familias más adineradas y aristocráticas de Inglaterra.

Los miembros de la Royal Geographical Society llevaban toda la tarde analizando el plan de uno de sus miembros, Ernest Shackleton, que había empezado a reunir fondos con vistas a una atrevida expedición a la Antártida.

En ese preciso momento, todos los presentes tenían la mirada clavada en dos hombres que discutían con vehe-

el nombre de Geographical Society of London para el desarrollo de la ciencia geográfica, bajo el patronazgo de Guillermo IV de Inglaterra. Absorbió a la Association for Promoting the Discovery of the Interior Parts of Africa –también conocida como la African Association; fue fundada por sir Joseph Banks en 1788–, a la Raleigh Club y a la Palestine Association, integrada en 1834. La reina Victoria le concedió el título de «real» en 1859. Desde mediados del siglo XIX hasta el final de la Primera Guerra Mundial, las expediciones patrocinadas por la Royal Geographical Society fueron portada de diarios, y las opiniones de sus presidentes y miembros eran ávidamente buscadas por periodistas e informadores.



mencia. Uno de ellos, de rizadas patillas y enormes mostachos pelirrojos, gritaba a su oponente irguiéndose en el sillón:

–¡Y yo le digo que eso no es posible!

Su adversario era un joven de largos cabellos ondulados, sentado frente a él. Se llamaba lord Cravan y parecía divertirse llevando la contraria a sir Francis Dickinson, un hombre conservador y miembro de la cámara de los lores.

–¡Pues yo le repito que sí! –se defendía el joven Cravan.

–¿Cómo pretende cruzar a pie los más de tres mil kilómetros del continente helado? –le interrogó lord Dickinson apasionado–. ¿No se da cuenta? ¡Es una locura!

–Pues de la misma forma en que Amundsen llegó al Polo –afirmó el joven–: con trineos tirados por perros, si he entendido bien la explicación de sir Ernest.

Hay que decir que esa tarde, en el orden del día del Comité de expediciones y trabajos de campo, figuraba la propuesta de sufragar y dar apoyo científico a la expedición al Polo Sur hecha por Ernest Shackleton. Dickinson, vicepresidente de ese comité, estaba a punto de estallar:

–La sociedad –dijo mientras trataba de calmarse– ha financiado a lo largo de su historia exploraciones serias como las de Charles Darwin, la de Scott o la del mismo Shackleton hace unos cuantos años. Pero esto que pretenden organizar ahora no es una expedición... Esto es... ¡es un suicidio!



Muchas de las plateadas cabezas de los asistentes asintieron, mientras de sus bocas ascendía hacia el techo el humo azulado de los puros habanos.

–¡Me parece una idea demasiado osada! –concluyó el vicepresidente del comité, colorado como una ciruela.

–¡Temeraria! –dijo otro de los presentes mientras levantaba su copa de oporto hacia las lámparas de cristal que colgaban del techo–. ¿Cómo pretenden resistir tres meses con temperaturas rayanas a los treinta grados bajo cero?

Sentado en el centro del grupo de caballeros, con las piernas cruzadas y fumando tranquilamente en pipa, como si nada de lo que allí se decía fuera con él, estaba sir Ernest Shackleton. Era miembro de la sociedad desde hacía años y había sido nombrado caballero por el rey Jorge V de Inglaterra a su regreso de la expedición a la Antártida en 1907 a la que había aludido Dickinson. Su prestigio, al regresar vivo tras pasar toda clase de penalidades, le creó cierta fama. Por ello había escrito un libro, había dictado cientos de conferencias en varios países europeos e incluso había sido invitado a dar charlas en Estados Unidos. Sir Ernest escuchaba a los socios desde cierta distancia y con aparente tranquilidad, pues no era hombre que perdiera fácilmente los estribos.

Detrás de una mesa de caoba, junto al secretario y a otro caballero de anchos bigotes rizados, estaba el presidente de la sociedad, que ese año de 1914 era el mayor



Leonard Darwin, hijo del famoso científico² que tanta gloria había proporcionado a Gran Bretaña cincuenta años antes. Era un anciano amable y conciliador que pidió silencio a los presentes para que Shackleton tuviera oportunidad de exponer las razones de su viaje.

—Caballeros, les ruego por tercera vez que guarden silencio y escuchen lo que Shackleton tenga que decir.

Las voces se acallaron y la sólida figura del explorador se levantó de su silla. Lentamente, como si ese gesto apaciguara los ánimos exaltados, se alisó su descuidado traje gris y se guardó la pipa en un bolsillo. Era un hombre de cuarenta años, su cabello era espeso y abundante, peinado con raya en mitad de su gran cabeza. Tenía las espaldas anchas y fuertes, a juego con su mandíbula, que parecía tallada en piedra. Sus ojos eran de color gris azulado y podían mirar con simpatía o perforar a alguien como si fueran un taladro, lo que hacía estremecer a más de uno. Su voz era grave y sus manos pequeñas, pero de una fuerza endiablada.

Su figura, aunque firme y rotunda, era bastante distinta de la del resto de los asistentes a la reunión. Todos los miembros del Comité de expediciones y trabajos de campo

2. Charles Darwin (1809-1882) fue un naturalista inglés que postuló que todas las especies de seres vivos han evolucionado con el tiempo a partir de un antepasado común, mediante un proceso de selección natural. La evolución fue aceptada como un hecho por la comunidad científica en vida de Darwin, mientras que su teoría de la evolución no se consideró como la explicación primaria del proceso evolutivo hasta 1930. Durante muchos años viajó por los mares del sur para recoger muestras y probar sus teorías.



iban trajeados con *tweed* y lucían vistosas corbatas de nudos prietos que sobresalían orgullosas entre los cuellos almidonados. Shackleton miró a los presentes con la franca sonrisa que nunca lo abandonaba y se dirigió a ellos con una mano en el bolsillo mientras acariciaba su reloj de oro:

–Desde el punto de vista sentimental –dijo para defender su idea–, este es el viaje más grande que se puede hacer al Polo Sur. Será mejor que la ida y vuelta del Polo magnético y creo que es misión del pueblo británico lograrlo, ya que hemos sido derrotados en la conquista de los dos polos. Nadie hasta ahora se ha atrevido a cruzar la Antártida y es posible hacerlo.

Un murmullo recorrió de nuevo la sala ante tan gran osadía, próxima a la temeridad. El testarudo irlandés, en cuyos ojos parecían flotar dos icebergs en mitad de las negras aguas, se empeñaba en salirse con la suya.

–Es un hombre muy seguro de sus convicciones –comentó uno de los miembros a su vecino de butaca.

–No lo sabe usted bien –le respondió este.

–Mi idea –prosiguió Shackleton– figura en el expediente que el comité ya ha leído. Es sencilla, no hay por qué complicarse la vida: consiste en viajar en barco hasta el mar de Weddell. Allí desembarcará un equipo de setenta perros y seis hombres con el material necesario para realizar la travesía. Otro barco nos esperará tres meses más tarde al otro lado del continente, en el mar de Ross. Realizaremos el recorrido del mismo modo en que lo hizo Amundsen.



Al fondo de la sala, William Stuart, un hombre barrigudo y ceniciento que aún no había intervenido en la discusión, negó con la cabeza al oírlo. Era conocido entre los presentes porque tenía una gran influencia en la cámara de los lores y porque era el mayor escollo de Shackleton para sufragar la expedición. Lord Stuart se levantó, se aclaró la voz y esgrimió razones de peso para que la propuesta no se aprobase.

–Mi colega Churchill,³ como mayor del Almirantazgo, y yo mismo –dijo pomposamente–, somos contrarios a la idea de una nueva expedición. Ambos somos del parecer de que ya hemos perdido demasiadas vidas en el Polo Sur con estas aventuras. Si me permiten y, sin ánimo de ofender a nadie, pensamos que es algo estéril.

Algunas voces de protesta se elevaron por encima de la de Stuart y este levantó una mano.

–Sin embargo –prosiguió en tono conciliador–, secundaremos lo que la sociedad decida, por supuesto.

–¿Estamos ante otra locura como la de Scott? ¿Hemos de ver morir a más ingleses en los polos? –preguntó amargamente el mayor Clarence, uno de los miembros más veteranos y conservadores del comité.

–Lo que dice el mayor es cierto –murmuró otro de los

3. Winston Churchill (1874-1965) fue un militar, estadista, historiador y escritor británico, y primer ministro de Gran Bretaña en dos ocasiones. Su función en el bando aliado en la Segunda Guerra Mundial fue muy importante. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1953.



presentes a su compañero de sillón—; ya hemos perdido demasiadas vidas en la Antártida.

Al oír el nombre de Scott, todos los presentes recordaron que, tras la conquista del Polo Norte en 1909 por el americano Robert E. Peary,⁴ solo había quedado pendiente un reto igual de apasionante: la difícil conquista del Polo Sur. Por ello, la Royal Geographical Society había sufragado y organizado la desastrosa expedición de Scott. Ciertamente, William Stuart, como tantos otros miembros del comité, tenía muy grabada en la memoria la trágica muerte del marino y de sus compañeros Oates, Wilson Evans y Bowers en la Antártida.

La suerte de Scott y sus compañeros había entristecido y humillado a Gran Bretaña, porque, además, el país había perdido la carrera de ser el primero en llegar al Polo Sur. El noruego Roald Amundsen le había arrebatado la gloria a Scott, quien, al llegar al Polo, se encontró con la bandera noruega. Su competidor había llegado un mes antes, en diciembre de 1911. Cuando Scott y su equipo regresaban derrotados al barco, sobrevino la terrible desgracia: se quedaron sin víveres en mitad de una horrible tormenta y perecieron de frío y locura dentro de su tienda.⁵

4. Peary alegó que llegó al Polo Norte en abril de 1909, aunque hoy en día se pone en duda que lo consiguiera. En el libro *Al límite de nuestras vidas* (en esta colección) se narra esta aventura.

5. Los diarios de Robert Falcon Scott se publicaron al año siguiente de la expedición, retocados por James Barrie, autor de *Peter Pan*. Así lo escribía Scott desde la tienda donde pasa-



En la sala de juntas se hizo un silencio incómodo. Los miembros de la sociedad recordaron con pena que un 12 de noviembre, tres años atrás, Atkinson, jefe de la patrulla de búsqueda, había hallado la tienda de Scott enterrada en la nieve. Al abrirla, vieron horrorizados a los tres hombres momificados por el frío en sus sacos de dormir. En el lado izquierdo estaba Wilson con las manos cruzadas sobre su maletín y en el derecho, Bowers. Parecía que ambos habían muerto plácidamente, como en un sueño. Sin embargo, Scott tenía la mitad del cuerpo fuera de su saco, alargando un brazo hacia Wilson. Estaba congelado y con la piel amarilla.

Atkinson les había narrado tres años antes en esa misma sala cómo ofició una breve ceremonia funeraria, dobló la tienda sobre los cuerpos, la cubrió de montones de nieve y colocó dos esquís encima del improvisado túmulo. En ese lugar, llamado Colina de la Observación, quedaron los héroes, hasta que un día la rotura de la barrera de hielo los hizo flotar, encontrando el descanso final en algún lugar del mar. Luego Atkinson continuó con su patrulla siguiendo los pasos de Oates, que había salido de la tienda para dar a los otros más oportunidades de sobrevivir, dado su

ron sus últimos días, cuando se les acabaron los víveres e intentaban llegar al campamento en que habían dejado más repuestos: «Cada día hemos permanecido a la espera para salir hacia el depósito, a solo dieciséis kilómetros. Pero fuera de la tienda siempre nos espera un vendaval de nieve. Creo que ya no podemos esperar que las cosas mejoren. Nos mantendremos hasta el final, pero estamos cada vez más débiles, por supuesto, y ya no debe de faltar mucho para el fin. Es una lástima, creo que no podré seguir escribiendo. R. Scott».



mal estado de salud al final de la expedición. Encontraron su saco de dormir, pero ni rastro de él.

Este desastre había golpeado por partida doble a Inglaterra, porque la patrulla de rescate halló junto a los cadáveres los sentidos diarios y las cartas que Scott había escrito a sus amigos y a su esposa antes de morir congelado. Toda la población había podido leer de primera mano el estrepitoso fracaso de la aventura.⁶

Las preguntas que habían quitado el sueño a quienes habían leído los diarios planeaban de nuevo en esa sala al discutirse otra atrevida expedición: ¿qué era lo que había empujado a esos hombres a morir en un desierto de hielo con temperaturas inferiores a cincuenta grados bajo cero? ¿El deseo de fama? ¿La sed de aventuras? ¿Solo un reto? ¿O es que habían sido incapaces de resistir la tentación de la gloria?

En la mente de todos flotaba, como un iceberg en mitad del mar, la incertidumbre. Sabían que un viaje como el que proponía el irlandés Shackleton podía ser un gran

6. Scott escribió cientos de cartas a la familia y a los amigos durante los días que permanecieron en la tienda a causa del horrible temporal. Este es el fragmento de una de las cartas que dirigió a su esposa: «Querida, no es fácil escribir por el frío, setenta grados bajo cero y nada más que nuestra tienda de campaña. Nuestra muerte es inevitable. Lo peor de esta situación es que no te volveré a ver, hay que afrontar lo inevitable. Cuando el hombre adecuado llegue para ayudarte en la vida, deberías volver a ser feliz; [...] espero ser para ti un buen recuerdo. [...] Afuera, delante de la puerta de la tienda, todo el paisaje es una terrible ventisca; resistiremos hasta el final, la muerte ya no puede estar demasiado lejos: es una lástima, pero no creo poder seguir escribiendo. Por el amor de Dios, cuidad de nuestras familias.»



éxito o un gran fracaso, y la Royal Society no estaba dispuesta a sufrir dos reveses seguidos.

–Además –le susurró Stuart a otro miembro del comité–, no es un hombre de la Royal Navy. Es un aventurero que procede de la Marina mercante, en la que empezó como grumete.

–Sí, Stuart –le respondió este, a quien la determinación de Shackleton despertaba simpatías–, lo sé. Pero este hombre ya ha dado pruebas de que es capaz de ir y regresar vivo de la Antártida. Recuerde que en 1901 acompañó a Scott en la primera expedición, pero tuvo que regresar víctima del escorbuto.

–Exacto, exacto –terció a su lado otro caballero, colorado a causa del oporto, atusándose los bigotes–. Aunque algunas malas lenguas dicen que Scott lo envió de vuelta a casa porque tenía celos de la admiración que despertaba en sus hombres. Shackleton es un líder, escuche lo que le digo.

Muchos de los presentes conocían al irlandés que seguía en pie en mitad de la sala. Sabían que era un hombre con dotes de mando. Ciertamente, había pasado por todos los escalafones de la marinería hasta que obtuvo el título de capitán. Eso era un punto a su favor si tenía que liderar durante un par de años una expedición de una treintena de hombres de todas las condiciones.

–No lo sé –añadió un dandi, dándose las de hombre importante–. A mí todo esto me parece una bravuconada.

